P. PICA Y PECA

MUJERES S

1
230812



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230812

47/143491

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

MUJERES SOLAS

I

ELLAS

A los trece años cumplidos ingresó Amalia en una renombrada pensión para señoritas, situada en la provincia de Madrid, donde recibían instrucción distinguidas jóvenes de lo más principal.

De aquel colegio salían generalmente para casarse, sabiendo, también por lo común, más de lo que las convenía saber.

Recluídas en la pubertad, en esa edad peligrosa para la mujer, admirándose mutuamente sus encantos, no era extraño que allí germinasen pasiones inmorales, cuya trascendencia a veces era horrible para la sociedad en general y para la familia en particular.

Amalia era huérfana de madre, y cuando empezaba a conocer el mundo, su padre quiso quitársela de encima, suprimiendo así un testigo de sus frecuentes correrías y calaveradas, que algún día podría afearle su conducta poco ejemplar.

En la pensión se la recibió bien; pagando generosa y anticipadamente y prometiendo además una buena gratificación se cae bien en todos sitios.

R-3189532

El padre era banquero, la muchacha era bonita y amable... Pues la acogieron en palmas.

Amalia besó a sus nuevas compañeras, fijándose particularmente en algunas de ellas, que eran verdaderos cromos : frescas, sonrosadas, hermosísimas.

Y transcurrieron varios días de solaz y divertimiento. La nueva vida la encantaba y hasta había observado...

Amalia, en sus primeras noches de insomnio, desvelada, porque no se había acostumbrado todavía a la nueva vida y al nuevo lecho, percibió ruidos extraños en las virginales camas del amplio dormitorio : veía cruzar sigilosas sombras blancas, cuerpos de educandas, que al amanecer volvían a ocupar, con el mismo misterio, sus primitivos lechos.

Hasta creyó oir suspiros entrecortados y rumor de besos, que la enardecían, porque, pensando mal, acaso, suponía...

Su joven naturaleza se excitaba y su imaginación calenturienta desvariaba.

Por la mañana observaba detenidamente a algunas de sus compañeras y las veía pálidas y ajadas.

¿Padecerían también insomnios como ella?

Amalia no podía escaparse de pagar la novatada y sus diabólicas compañeras se la prepararon como a todas las novicias.

Julia, una de las pensionistas más traviesas, la inventó y fué aprobada por todas las demás, que por anticipado se regocijaban de la broma.

Llegó la noche : todas se retiraron a su respectivo lecho.

Amalia empezó a desnudarse tranquilamente, con mucha lentitud.

No se sentía bien ; estaba amodorrada, pesada la cabeza, con mal gusto de boca...

Soltóse el corsé, que cubría unos pechitos sonrosados, pequeños todavía, pero bien formados ; empezaban a desarrollarse espléndidamente.



Empezó a desnudarse con mucha lentitud.

Quitóse las ligas, despojóse de las medias, dejando ver una pantorrilla escultural, blanca como la leche, y unos muslos alabastrinos, in-

citantes y exuberantes, a pesar de su adolescencia.

Antes de meterse en el lecho quiso evacuar una leve necesidad, pero al sentarse en el vaso de noche, cayó estrepitosamente al suelo, lanzando gritos de auxilio.

Era la novatada.

Las compañeras habían amarrado un cordel al asa, tiraron de él oportunamente y la muchacha dió con su cuerpo sobre el pavimento.

Acudieron las celadoras del dormitorio, acudió la directora...

—¿Qué ha ocurrido...?

—¡Estoy herida! ¡Tengo sangre!

La directora se dió cuenta de lo sucedido y prometió castigar a las autoras de la broma, pero por de pronto procuró examinar a Amalia para curarle la herida.

Transportada a su lecho, la reconoció escrupulosamente, pero no presentaba lesión alguna por ninguna parte.

—No es nada—exclamó.

—¿Pero y la sangre?—preguntó a una de las celadoras.

Cambiaron una mirada significativa.

—No te apures, monina — la dijo cariñosamente— ; esa sangre no procede de ninguna herida... No es nada... ¡Ya eres una mujercita hecha y derecha! No sé si me entiendes.

Amalia la miraba atentamente.

¿Qué quería decir aquello?

Una de las celadoras la preparó rápida un cocimiento de hierbas, que bebió con ansiedad.

—Ea, a descansar. Mañana averiguaré yo quién ha sido la autora de la broma y sufrirá su castigo.

—No, eso no ; yo la perdono.

—No quedará así la cosa.

Y dándola un beso se despidió de ella.

Amalia acabó por comprenderlo todo y procuró dormir.

Al día siguiente no pudo levantarse : un dolor de caderas, unos retortijones de tripas... ¡Si para eso sólo valía el ser mujer!...

Corrió la voz entre las compañeras. No era nada ; cosas naturales.

Sin embargo, fueron muchas a visitarla.

—¿Cómo te encuentras, Amalia?

Y la muchacha agradecía la intención y buscaba, buscaba...

Por fin se presentó Julia.

¿La esperaba? Indudablemente así lo parecía, a juzgar por el placer que experimentó al verla entreabrir las cortinas.

Entró toda medrosilla y encortada, mirándola fijamente.

¿Sería ella la causa de su mal?

Por fin se atrevió a hablar.

—Perdóname, te pido perdón...

Y al ver que Amalia permanecía muda, la abrazó, besándola efusivamente.

—¡Perdóname!—repetía.

Ella no supo qué contestar. ¡Estaba tan hermosa en su papel de arrepentida!...

La directora acudió oportunamente. Julia se disponía a reconciliarse con la joven a cualquier precio, y ora la besaba en la cara y a veces en lo más delicado y precioso de su cuerpo, haciéndola experimentar sensaciones jamás sentidas por ella.

—Ea, basta ya — dijo la directora en tono grave y con una seriedad que a ratos perdía,

según aseguraban malas lenguas—. Tú, Julia, has sido la causa primordial de su desgracia, y desde ahora te impongo como castigo la misión de ser su defensora, su maestra, su amiga, su guía, su madre...

Y se retiró prudentemente con las demás colegialas, dejando solas a las dos jóvenes.

—¡Ya estás bien castigada!—exclamó Amalia dirigiéndose a su amiga.

—¡Hija mía!—replicó la otra—. ¡Ya tengo una hijita y muy mona, por cierto!

—¿Me querrás?

—Con todo mi corazón.

Llegó la noche, y, como la directora sabía hacer las cosas completamente bien, dispuso que se colocasen juntos los lechos de las dos amiguitas, para que así pudiesen cuidarse mejor.

Y las dos entretuvieron la velada contándose mutuamente sus leves historias.

Abrazadas en el mismo lecho, porque uno de ellos quedó vacío hasta el amanecer, en que cada una ocupó el suyo, para no despertar sospechas, charlaron a sus anchas, se expansionaron hasta el punto de que a veces en el misterio de la noche se oía la voz de la celadora:

—¡Silencio, señoritas!

Ellas entonces juntaban sus bocas para que los sonidos no se percibiesen y así estaban en éxtasis, embelesadas, haciendo las manos lo que la palabra no podía expresar.

¡Qué noche aquella!

Amalia se sentía desfallecer. Una laxitud general la invadía: tal vez podría costarle caro su paso a la pubertad, ¡pero era aquello tan delicioso...! Aunque le hubiese costado la muerte.

—¿Me querrás mucho?—preguntaba ansiosa Amalia.

—Eternamente — respondía Julia entre espasmos de placer.

—¿Serás mía, sólo mía?

—Tuya siempre.

—¿De ningún hombre?

—De ninguno. Me causan horror.

—¡Vida mía!

—¡Mi cielo!

—¡Silencio, señoritas!—repetía la voz gruñona de la celadora, que oía confusamente conversaciones que no entendía con claridad y que partían de muchas camas del dormitorio.

No eran, por lo visto, solamente Amalia y Julia las que estaban desveladas.

II

ÉL

Llegaron las vacaciones: una época triste para ambas, porque aquello entrañaba quizás una eterna separación.

Amalia había cumplido diez y ocho años y su padre había decidido casarla con un comerciante muy rico, que haría frente a su estado ruinoso, pues sucesivas jugadas de bolsa y una vida de crápula habían dado al traste con toda su fortuna.

La joven se negó resueltamente al principio a contraer matrimonio. Su pasión por Julia había llegado a un extremo rayano en la locura y su aversión hacia los hombres no reconocía límites.

Pero el padre se impuso, expúsola además su estado financiero y se doblegó, aunque jurando que no sentiría el menor afecto por su esposo.

—¡Pero si es imposible vivir separadas!—exclamaba Julia retorciéndose las manos—. ¡Es una iniquidad! ¡Maldito sea el hombre que te roba mi cariño!

—¡Si te querré a ti sola!—decía la otra besándola frenéticamente.

—¡Es que te mataría—añadió Julia, celosa—si advirtiese en ti el menor síntoma de afecto hacia ese monstruo!

El padre de Amalia accedió a que Julia viviese con su amiga hasta que ésta contrajese matrimonio. Era un favor al que no podía negarse, en vista de la docilidad de su hija.

Las dos jóvenes habitaban en la misma alcoba y allá, en la soledad de la noche lloraban sus cuitas, contando desesperadamente los días que les restaban de vivir juntas.

Julia se abrazaba furiosamente al cuerpo de su amiguita, como el avaro que teme que le roben su presa, cual queriendo saciarse en el placer que se le arrebataba, que le robaban arteramente.

Y aquellas noches furiosas, insaciables, hacían mella en su naturaleza enfermiza y en su cerebro de neurasténica.

Mas, ¿qué le importaba a ella la vida ya? ¿No la daba por su amada?

A veces, tras sacudidas nerviosas, tras inenarrables espasmos quedaba exánime, desmayada, sobre las blancas sábanas, no tan blancas como su busto alabastrino.

Amalia la besaba cariñosa, la llamaba con dulces palabras y la reconfortaba cariñosa.

—¡Somos unas locas! ¡Y tú lo eres más todavía! ¿De dónde te sacas que vamos a separarnos para siempre? ¿Acaso he de vivir encadenada siempre a mi esposo? ¿No podremos vernos a ratos?

—¿Pero dónde?

—En mi propia casa. ¿Quién ha de sospechar? ¿No puedo yo tener amigas?

—¿Y dónde habitaré yo?

—En tu casa.

—¡Si no la tengo! Mi tutor me ha comunicado que ya soy una mujer, que carece de recursos y que he de arreglarme en lo sucesivo para vivir de los míos propios. Ya no puedo regresar a la pensión. Cuando tú te cases yo he de buscarme una ocupación... Me anunciaré como institutriz, como dama de compañía...

—¡Calla!—exclamó delirante Amalia—. Tú no trabajarás, no tendrás que anunciarte, pues mi futuro esposo es lo suficientemente rico para que de la cantidad que me señale para mis gastos, puedo yo distraer con creces para los tuyos.

Aquellas explicaciones hicieron más llevadera la situación.

El prometido de Amalia era uno de los principales comerciantes de la corte. Serio, sin esa gravedad repulsiva de algunas personas, guapo y relativamente joven, se casaba por amor. Le gustó la novia y pensaba vivir dichoso.

Además era hombre de mundo y se preciaba de conocer el corazón humano.

Cuando Amalia le habló de su compañera de colegio arrugó el entrecejo.

—Querida mía—le dijo—; tu amiguita es una hermosa mujer, que acaso me haría caer

en la tentación algún día... Por tu tranquilidad, al menos, evita que vivamos juntos los tres. No por eso te prohibo que abandones su amistad. Yo también tengo amigos...

Amalia comprendió que su futuro le cerraba a Julia las puertas de su casa.

Aquella noche fué espantosa. Se acercaba el día de la boda.

—No te apures !—la decía Amalia—. Ya que el impío te separa de mi lado, ahí tienes dinero. Alquila un cuartito para ti y espera mis noticias. Nos veremos frecuentemente. Pero júrame que no existirá en tu corazón otro amor que el mío.

—Te lo juro, y jura a tu vez que ningún hombre será dueño de tu corazón.

—¡ Y lo dudas !

—¡ Tus labios !

—¡ Tu boca !

Y en éxtasis arrebatador se besaban las dos muchachas y se entregaban a los excesos más desordenados.

—¡ Mi vida !

—¡ Mi única pasión !

—¿ Me olvidarás ?

—¡ Nunca !

Rápidas pasaron las noches precursoras del gran acontecimiento.

No para Julia, que se debilitaba por momentos, como lámpara que se extingue. Era una enferma de pasión, una triste sensitiva que la menor ráfaga podía tronchar.

¿Cómo recibiría el golpe fatal ? Amalia temblaba por ella.

Sin su amor la vida le era imposible.

La criada, que no estaba en las intimidades

de las jóvenes, cuando veía su tristeza las consolaba como podía :

—Ea, señoritas, no es para tanto. Hoy por ti, mañana por mí. Quiere decir que usted también se casará y serán dos buenas madres de familia y se seguirán queriendo como hasta ahora. Así es el mundo y así es la vida humana.

Llegó la víspera del día fatal.

Aquella noche hicieron locuras, verdaderamente. Julia quería agotar a su amiga para que llegase exhausta al sacrificio. Y Amalia, por su parte, quería demostrarla cuán grande era su cariño.

El futuro marido reflexionaba en tanto.

Era un hombre de mundo...

III

PRIMER ATAQUE A SU FELICIDAD

Julia tuvo el valor de acompañar a su amiga hasta la iglesia.

Allí ya no pudo más : cayó desmayada en brazos del sacristán, que no sabía cómo deshacerse de aquel bulto que se le venía encima.

—¡ Soltarle el corsé ! — observó uno de los testigos.

El sacristán no osaba realizar tal profanación, pero la madrina acudió presurosa en auxilio de la joven, que permaneció desmayada durante la ceremonia.

El novio pronunció el sí sacramental harto preocupado, pues Amalia parecía mostrar más

interés por la muchacha que por el acto trascendental que se celebraba.

Los convidados fueron obsequiados espléndidamente y hubo el jolgorio propio del caso.

Las dos amigas tuvieron un leve momento de expansión.

—Me retiro—díjole Julia—. Yo no puedo presenciar estas cosas.

—¡ Pero come con nosotros !

—De ninguna manera. Me pondría peor.

—¡ Que vas a dar lugar a comentarios !

—Poco me importa.

Y pretextando una indisposición, que verdaderamente sentía, se despidió triste y pensativa.

—Ya me escribirás—le dijo aparte a Amalia—. Quiero saberlo todo. Y allí espero, ¿ sabes ?

Por vez primera ocupaba el lecho que la generosidad y el amor de Amalia había pagado anticipadamente.

Y allí se acostó llorosa y loca por el dolor, devorando su amargura entre las cuatro paredes ; sin poder comunicar a nadie sus sentimientos ; abandonada y desesperada.

En su calenturienta imaginación se representaba lo que podía ocurrir en aquellos momentos.

—Ahora—se decía—estarán ya solos en la alcoba nupcial. Se acerca la hora del sacrificio. ¿ Resistirá mi amada, o acaso caerá rendida en brazos del monstruo ? ¡ Y pensar que un hombre infame me la roba a mi cariño ! ¡ Maldito sea !

Aquella noche no pudo dormir. En su delirio veía a Amalia abrazada a su marido, acariciándole con las mismas frases que para ella empleaba, dándole los mismos besos que a ella la prodigaba, entregándose a él con la misma pasión que a ella se entregaba, enloquecida de amor, sedienta de las caricias del macho, perdida completamente para ella, olvidada de su amor...

¡ Qué noche ! A su lado la eternidad era un instante.

Parecía como que aquélla, venciendo a la luz, la envolvía para siempre en sus lobregueces ; la obscuridad era permanente en la naturaleza y en su cerebro.

¡ Luz ! ¡ Hermosa luz ! ¡ Rasga las tinieblas, muéstrate hermosa y refulgente a los mortales... !

Por sus pasos contados llegó el día. Un amanecer triste, como su alma, una aurora precursora tal vez de su desdicha eterna.

Julia abandonó el lecho, pálida y ojerosa.

Sentóse en una butaca y esperó, contando los minutos, que le parecían siglos.

¿ Vendrá ? ¿ Me escribirá ? ¿ Se acordará de mí ?

Y pensó en el suicidio, como única solución.

Allá a las once, cuando su desesperación rayaba en la locura, llamaron a su puerta.

¿ Era ella ? El corazón golpeóle en el pecho, como queriendo evadirse de su prisión. A poco más cae redonda al suelo.

Abrió precipitadamente. No era Amalia ; era la criada, que le llevaba una carta de su amiga.

Abrió el sobre precipitadamente y leyó con avidez :

«Amor mío : Cumplo lo prometido, relatándote mi noche ¡ ay ! de bodas. Los hombres son

unos brutos y su animalidad se revela hasta en los menores detalles. Y eso que Alfredo procuró ser comedido. Empezó por querer desnudarme, no con la gracia que tú sabes hacerlo. Yo me resistía, pero tuve que ceder al fin... Y



Era la criada, que le llevaba una carta de su amiga.

ya en posesión de mi persona, aun procurando suavizar su conducta, me trató de una manera bestial. ¡Horror! Creo que se me ha roto algo en mi cuerpo... No soy la misma... Es decir, soy la misma por lo que respecta a ti, mi único

y verdadero cariño. Alfredo me llama su vida, su amor, pero cuando recuerdo su rostro velludo, sus largos bigotes rozando asquerosamente mis labios, arañándome, quizás sin querer, se me revuelve el estómago y me acuerdo de tu cutis aterciopelado, de tus labios de rosa, de tus ojos soñadores y excitantes... Julia mía, ven a verme en seguida, ven a darme ánimos, porque desfallezco... siento la nostalgia de tus besos, me falta la luz de tu mirada, me muero sin ti...

»Un abrazo de la que ansiosa te espera y siempre será tuya,

»AMALIA.»

Julia besó frenéticamente la carta, la inutilizó y se dispuso a salir.

Arreglóse coquetonamente y toda temblorosa se encaminó a casa de su amiga.

Recibióla el marido, seco y grave como siempre. ¿La tenía prevención? Julia le pagaba en la misma moneda.

La condujo a la habitación de su esposa y se retiró prudentemente y aparentando la mayor indiferencia.

Pero tenía, como suele decirse, la mosca en la oreja, y vigilaba...

Las dos amigas se abrazaron efusivamente.

—¿Has recibido la carta?

—¡Pobre vidita! ¡Si los hombres son unos bárbaros! ¡Cuánto habrás debido sufrir!

Y se renovaron sus promesas; guerra a los hombres, que para nada necesitaban; amor mutuo y eterno, amor extraordinario, excepcional, pese a quien pesare...

—¿Dónde reside la belleza?—preguntó Julia.

—En nosotras, en ti. Mi marido es horrible.

E instintivamente empezó a desnudarla, besando aquellos pechos ebúrneos, incitantes y aquellos brazos alabastrinos y torneados, y...

En aquellos momentos apareció Alfredo, cejijunto y enérgico.

—¡ Señora — exclamó fuera de sí—, la prohibo terminantemente que vuelva a poner los pies en mi casa !

Julia vistióse rápidamente y Amalia quedó petrificada.

La primera abandonó la estancia para siempre, y ambos esposos quedaron solos y mudos en la habitación profanada por Safo.

IV

SOLAS

La escena entre los esposos fué terrible.

Alfredo no ocultó sus sospechas acerca de las relaciones de las dos jóvenes y prohibió a Amalia que volviese a verla, haciéndola jurar que desde aquel mismo momento cortaba sus relaciones funestas con Julia.

Amalia se revolvió airada contra su marido, protestó de la esclavitud a que se la sometía y negó enérgicamente las relaciones de intimidad que se les atribuía.

La guerra conyugal había estallado. El amor sáfico se había impuesto al amor verdadero y noble.

Pronto resultarían víctimas de esta original batalla.

Amalia se apresuró a escribir lo ocurrido a

su amiga, renovándole sus juramentos de cariño eterno y único.

La aconsejaba que esperase unos días, hasta que pasase la tormenta y que la escribiese, dirigiéndole la correspondencia a la lista de correos, donde ella iría a recogerla.

Alfredo se tornó uraño y taciturno.

Al día siguiente de su matrimonio ya se separó corporalmente de su esposa, durmiendo en lecho diferente.

Y así transcurrieron algunos días. Las jóvenes seguían escribiéndose, afirmándose cada vez más en su amor funesto.

Julia sufría horriblemente. Su débil naturaleza no podía resistir aquella ruda separación y languidecía visiblemente, acentuándose su neurastenia, hasta el punto de llegar a preocuparla a ella misma.

—¡ Mejor !—se decía resignadamente—. Para vivir separada de ella prefiero morirme.

Y nuevas lágrimas brotaban de sus ojos, aumentando el círculo amoratado que los circundaba, haciéndola más interesante todavía.

Una noche hubo una escena terrible.

El marido seguía continuamente a su esposa. Abandonaba sus negocios y se arruinaba moral y materialmente.

—¿ Qué hacía usted esta tarde—la preguntó colérico—en la administración de correos ?

Ella confesó de plano. El tirano la tenía harta con sus celos escandalosos y no lo negó.

—Ya que no quiere usted que vea a mi amiga de colegio, por lo menos debiera permitirme que nos carteásemos. ¿ Me preocupo yo de los amigos de usted ?

—¡ Eso faltaba, señora !

—¿Conque eso faltaba?

—Es claro. ¿Los cree usted tan miserables como ella? ¿Me cree tan degenerado como usted?

—¡Caballero!

—Lo soy. Yo, por mi parte, no puedo decirle a usted señora.

—Acabemos.

—Hemos de terminar, sí. Ha llegado el momento decisivo. Nuestra vida en común es imposible. ¡Y yo que la adoraba tanto!

—¡No puedo yo decir lo mismo!

—Ya lo sé.

—Terminemos, pues.

—Desde ahora mismo. Y desde este momento la digo que esta es mi casa, que su padre de usted no la dió ninguna dote, pues harto hice yo con pagar sus deudas, a cambio de un cariño que pensé hallar en usted, y que es usted absolutamente libre. Esa es la puerta, Amalia. Algún día se acordará usted de este desgraciado que cifró en usted sus ilusiones y que ahora expía su equivocación. Olvide que lleva mi nombre y existamos en el mundo de los vivos como dos muertos que desaparecieron hace tiempo, para no volverse a encontrar ni aun en la eternidad siquiera.

Amalia salió orgullosa y satisfecha de aquella casa, donde pudo formar un nido de amor, de dicha y de ventura.

Su amor a Julia se sobrepuso a todo.

¡Siempre el vicio imperante!

Alfredo la dejó sacar la ropa de su particular uso y las pocas alhajas que eran de su pertenencia.

Aquella vez no escribió. Libre ya de todo compromiso, se encaminó a casa de su amada.

Julia quedó sorprendida al verla entrar. Comprendió que algo grave había ocurrido y preguntó ansiosa...

—¡Libre! ¡Tuya para siempre! — exclamó Amalia.

Y en pocas palabras relató el rompimiento definitivo con su esposo.

—¡Viviremos juntas hasta la muerte!

—¡Hasta la muerte!—repitió pensativa Julia.

Aquel día fué de felicidad completa; de excesiva felicidad, porque Julia, olvidando sus males, se entregó por completo a su amiga, desquitándose ambas de su prolongada abstinencia.

—Estoy mala—decía Julia al día siguiente—. La fiebre no me abandona un momento, mi cerebro desvaría, pierdo las ganas de comer y pienso que pronto te has de quedar viuda.

—¡Calla! — gritaba Amalia, protestando, aunque reconociendo que su amiga acaso llevaba razón.

Y para apartar de su imaginación pensamientos tristes, la decía, entristeciéndose ella a la vez:

—Bueno, ahora somos solas, no tenemos amparo de nadie. Carecemos de bienes de fortuna. Hay que trabajar para vivir.

—Trabajaremos—replicaba la otra, entusiasmada.

—Pero, ¿en qué? El trabajo de la mujer, cuando se encuentra, está muy mal retribuído.

Además, ellas carecían de condiciones para ciertos oficios, que requieren largo aprendizaje.

Para salir del paso y para hacer frente a la situación, Amalia pignoró sus alhajas y las dos jóvenes se hallaron en posesión de unas trescientas pesetas, mal contadas. Aquello era un respiro.

Se anunciaron en los periódicos. Nada.

Pasaban los días ; el reducido capital iba disminuyendo, a medida que crecían los gastos, porque Julia se agravaba y necesitaba mayores atenciones : caldo, leche, huevos...

Las noches eran terribles. El amor sáfico las hacía olvidar la realidad de la vida y se entregaban a los mayores excesos.

—¡ Moriré en tus brazos !—exclamaba Julia en sus éxtasis amorosos.

Y así lo creía también Amalia.

Empezaron los fríos, los días invernales, lluviosos, de huracanado viento.

Las dos amigas apenas abandonaban el lecho.

Los fondos desaparecían ; casi estaban tan agotados como la naturaleza de Julia.

Amalia pensó en ir a pedir trabajo a su antiguo modisto, pero su orgullo se rebeló.

No obstante, se lanzó a la calle un día, dispuesta a buscar ocupación a toda costa.

Encontróse con un amigo de su marido : Carlos, el calavera, que alguna vez la había requerido de amores.

Entraron en un café y hablaron. El seductor comprendió que su causa estaba ganada y se insinuó.

Ella se resistió, acordándose de su Julia, pero ese mismo recuerdo la hizo caer. ¡ La infeliz se moría por falta de alimentos apropiados !

Y dieron con sus cuerpos en una casa de com-

promiso, y Amalia se prestó al sacrificio por amor a su adorada, sin experimentar la menor sensación, insensible, como una estatua.



Amalia se prestó al sacrificio...

Cobró su trabajo, prometió volver a verle y corrió presurosa a su casa con algunos billetes en el bolsillo.

¡ Para la curación de Julia !

¡ Todo por ella !

V

CADA VEZ MÁS SOLAS

Amalia se guardó mucho de explicar a su amiga la procedencia de aquel dinero. La engañó

piadosamente y siguieron viviendo así algunos días más.

La muchacha repetía sus salidas cada vez que los fondos escaseaban.

Julia, sospechosa y celosa, extremaba sus caricias siempre que iba a salir, para agotarla, para extenuarla, si acaso iba donde se creía, pero era ella la que languidecía por momentos. La neurastenia se había apoderado de su débil ser y aquella pobre y viciada naturaleza se extinguía a pasos agigantados.

Algunas noches la fiebre llegaba a su período álgido y tenía unos delirios espantosos.

Gritaba, saltaba en la cama, presa de espasmos horribles.

Amalia contó sus temores a su amante circunstancial.

Se trataba de una amiguita querida, cuya vida se aniquilaba.

—¡Vicios de la pensión!—exclamó él, mirándola fijamente.

Ella no pudo resistir aquella mirada inquisitiva y bajó la vista avergonzada, delatándose a sí misma.

—¿Y no tiene parientes?—la preguntó.

—Un tutor que no se preocupa de ella para nada. Todavía no ha ido a visitarla un solo día.

—Pues convendría que le avisases. Esa mujer puede morir en tu casa y comprometerte. Que se la lleve él.

—No querrá.

—Pues llevadla al hospital clínico. Tal vez allí podrá recobrar la salud.

—No querrá ella.

Y se separaron fríos e indiferentes.

Cuando regresó Amalia a su casa, triste y pensativa, halló a Julia en el lecho, presa de horrible fiebre.

Contemplóla compasivamente. Jamás la había visto más hermosa. La blancura de su rostro se destacaba ahora doblemente con su intensa palidez. El círculo amoratado de sus ojos la hacía todavía más interesante.

—¡Amor mío!—la dijo, besándola frenéticamente.

La muchacha despertó sobresaltada de su letargo.

Al ver a su amiga pareció reanimarse y sacó sus brazos calenturientos para abrazarla.

—¿Cómo te encuentras?

—No sé; creo que muy mal. La cabeza me arde y tengo, sin embargo, un frío horroroso.

—¿Quieres que llame al médico?—la insinuó cariñosamente.

—¿Para qué? — exclamó la otra con abandono.

—Siempre podrá conocer él tu mal mejor que nosotras. ¿Por qué no has de curarte?

—Es tarde ya.

—¡No seas tonta! ¡Por mi amor!

Apartóse Amalia del lecho llorosa y descorazonada, y ya sola dió rienda suelta a sus lágrimas.

—¿Qué haré en el mundo sin ella?

Y en un momento se le representó su vida pasada, su doloroso presente y su triste porvenir.

También pensó ella en el suicidio. ¿Qué le importaba la vida sin su Julia? Porque ya la joven la lloraba como muerta.

Acudió el médico y la reconoció detenidamente, enterándose del desarrollo y curso de su dolencia.

Recetó una cosa, cobró la visita y se retiró.

Ya en la puerta le interrogó Amalia ansiosa.

—Esa pobre joven—la contestó, grave y pausado—está agotada. No hay salvación para ella. Cosa perdida.

Nuevamente y con más abundancia corrieron las lágrimas por sus mejillas.

Julia la llamaba, y arreglándose precipitadamente, fingiendo una tranquilidad que no sentía, penetró en la alcoba.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Nada ; que es una gran debilidad, que necesitas reconstituyentes, que te curarás...

—Ya lo sé ; que acabaré pronto de sufrir, ¿no es eso?

—¡Qué disparate!

—Pero yo quiero morir a tu lado ; quiero que tú cierres mis ojos por vez postrera, que veles mi sueño eterno...

—¡Calla, por Dios!

Julia sufrió un nuevo desmayo más alarmante que los anteriores. Esputos sanguinolentos asomaban a sus labios.

El desenlace se aproximaba a pasos agigantados.

Amalia no había vuelto a ver a su amante : durante su última entrevista se convenció de que aquel hombre la había conocido. Por otra parte el estado de Julia requería que no la abandonase un solo momento. Tal vez en alguna de aquellas terribles crisis podía morir...

¡Qué noches más horrorosas!

Solas las dos en aquella triste estancia, cuyo silencio turbaba la fatigosa y ronca respiración de Julia, abandonadas, casi sin recursos, expiaban atrozmente su mutuo delito.

De vez en cuando un acceso de tos reanimaba un poco a la enferma.

—¡Me ahogo!—exclamaba, sofocada.

La atendía solícita Amalia ; besaba aquella frente marfileña bañada por el sudor de la enervante fiebre y procuraba tranquilizarla.

—¡Animo, vida mía! ¿No te sientes mejor?

—Sí, creo que sí... pero no me abandones...

—¡Cómo podría hacerlo, pobre amor mío!

Y la besaba con locura y se arrojaba sobre aquel cuerpecito tenue y frágil, sollozando sobre lo que ya creía restos preciosos de un amor sin par en el mundo.

Cuando se despejaba un poco Julia hablaban de proyectos grandiosos, de viajes, de dichas sin fin...

Eran los efectos de la tisis.

—Iremos a Málaga. En aquel clima benigno me repondré completamente y allí renovaremos nuestro idilio de amor, y contemplando el azul del cielo y la serenidad del mar haremos nuevamente nuestra ofrenda ante el altar de Safo...

Pero volvían los accesos de tos y ellos daban al traste con todas las fantasías, retornando a las jóvenes a la triste y desesperante realidad.

Y así iba transcurriendo el tiempo y acabándose la existencia de Julia.

Una noche sufrió Julia un colapso y Amalia la lloró como muerta.

Vuelta a la vida, advirtió su compañera que, en efecto, aquello se acababa.

Alarmada, se lanzó a la calle en busca de su amante, dispuesta a arrostrar las mayores vergüenzas por su pobre amiga.

La entrevista fué fría y ceremoniosa.

El se limitó a aconsejarla que condujesen a la joven a casa de su tutor.

—No querrá recibirla.

—Sí querrá, y si no se le obliga.

Y dándole, como limosna, unas pocas pesetas, se despidió de ella.

Amalia regresó pensativa y triste.

Aquel hombre llevaba razón.

Pero, ¿querría Julia?

¿Y podrían separarse?

VI

¡ADIÓS!

A pesar de sus lloros, súplicas y protestas, fué conducida Julia al domicilio de su tutor en una camilla de la Cruz Roja.

El tutor se negaba al principio, pero por fin accedió, por el decir de la gente.

Eso sí; suplicó a Amalia que no abandonase a su amiga en el trance postrero, que la acompañase hasta la muerte, ya que se consideraba a la pobre joven como un próximo cadáver.

Amalia no se negó; por el contrario, accedió gustosa, lo cual fué un consuelo para la infeliz enferma.

El médico de la casa visitóla el primer día y su diagnóstico no pudo ser más terrible.

—Aquí no puede hacerse nada. Esta muchacha no tiene salvación. ¿Para qué recetar?

Aunque lo esperaba así, aquella noticia consternó a Amalia.

También deliraba ella. Se echaba la culpa de la desgracia de su amiga y maldecía su suerte.

Su vida era un continuo martirio, especialmente por las noches.

Julia agonizaba lentamente y ella se daba cuenta de la expiación que la esperaba.



La llamaba con frases lúbricas...

Los delirios de la enferma eran atroces, inenarrables.

La llamaba con frases lúbricas, con aullidos de bestia no saciada todavía.

Incorporada en el lecho, los ojos extraviados.

seca y rígida, la buscaba ansiosa, ardiente...

Amalia se apartaba de ella, se arrinconaba en un sillón y así esperaba ansiosa el nuevo día...

La pobre joven desfallecía también ; su tortura era irresistible.

Cuando salía al comedor, obligada por el tutor, que a ratos se condolía de su estado y la invitaba a comer con él, a lo cual se negaba de ordinario, respiraba con fuerza, reposaba un momento, pero en seguida corría al lado de su amiga, creyendo que iba a verla por última vez...

Y llegó, como no podía menos, el día fatal.

Julia se moría...

Y estaba hermosa, por cierto. Jamás lo había estado tanto, según creía Amalia.

Su rostro lácteo, sobre el cual resaltaban aquellos negros y grandes ojos, tenía el dulzor, la belleza elegante de la virgen mártir.

Una calma aparente resplandecía en su semblante.

Las líneas castas de su gentil cuerpecito se dibujaban correctas bajo las sábanas.

Sus pálidos labios, sonrosados levemente por la fiebre, cerrados, como para impedir que se escapase el alma por ellos, conservaban una placidez alarmante.

Caía la tarde.

El médico se despidió, diciendo tranquilamente :

—No saldrá de esta noche.

Al oir aquello, Amalia quiso llorar, pero sus ojos exhaustos no pudieron derramar una sola lágrima.

También estaba agotada ella.

Por otra parte le convenía conservar todo su valor para cuando llegase el trance supremo.

¿Quién, si no, cerraría por vez postrera aquellos ojos, quién entrelazaría por última vez aquellas manecitas adoradas que tantas veces la habían acariciado?

Ella, y sólo ella.

El tutor la contempló medio entristecido y resignado, dispuso que se colocase durante toda la noche una lamparilla junto al lecho de la enferma, y encargando a Amalia que se le despertase si llegaba el desenlace esperado, se retiró a sus habitaciones.

Solas quedaron las dos inseparables amigas.

La triste luz reflejaba su resplandor amarillento sobre el insignificante busto de la enferma.

Esta permanecía inmóvil y casi sin respirar.

Aquella actitud alarmó a Amalia, y acercándose a la cama la contempló con avidez y la besó respetuosamente en la frente.

Tal caricia despertó de su letargo a Julia.

Temblaron todos sus miembros, agitados diabólicamente.

Terribles contracciones desfiguraban su semblante.

Sus ojos extraviados miraban a su amiga con terror.

Y su boca, desencajada, profería gritos inhumanos, lanzaba notas estridentes que se traducían en estas palabras :

—¡ Vete ! ¡ Asesino ! ¡ Demonio ! ¡ Atrás, perdición !

Aquello era espantoso.

Amalia procuraba calmarla, sujetarla, pero el espectro se incorporaba en la cama y seguía lanzándole al rostro :

—¡ Demonio ! ¡ Asesino ! ¡ Perdición ! ¡ Vete, vete !

¡ Y aquellas imprecaciones iban entremezcladas con frases de amor, con palabras pasionales, lujuriosas, sáficas... !

Amalia no podía más. Cayó sobre el sillón, colocado a la cabecera de la cama, impotente, rendida, loca de dolor.

La enferma seguía retorciéndose en el lecho, en contorsiones terribles, los ojos desencajados, casi desnuda, profiriendo gritos que repercutían en los oídos de su amiga como los martillazos siniestros de los funerarios cuando cierran un ataúd...

De pronto, aquel cuerpo febril cesó en sus bailes macabros y cayó sobre la cama, quedando rígido, inmóvil para siempre...

Amalia lanzó un grito sobrehumano y cayó también desvanecida al suelo.

Cuando por la mañana la hicieron recobrar el sentido, cuatro blandones ardían alrededor del lecho mortuorio de Julia.

Todo había concluído.

Y aquella mañana no pudo llorar.

Su corazón había muerto con la muerta querida.

Amalia acompañó hasta el cementerio a la víctima amada de sus amores sáficos y desapareció de aquella casa que tan tristes recuerdos tenía para ella.

—¿ Qué he de hacer ya en este mundo ?—se preguntó.

—Retirarme de él para siempre — agregó, como respondiéndose a sí misma—y esperar en

la muerte la expiación suprema de este drama.

Y es que la infeliz no llegó a conocer que el único amor es el del hombre, porque es el procreador, el que rige toda la humanidad.

El amor sano y honrado.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita.
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas

EN PRENSA

Flauta y tambor

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino. . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona